



DIÓCESIS DE CABIMAS

**Mons. Ángel Francisco Carballo Fermín**

OBISPO

**HOMILIA DEL EXCMO. MONS. ÁNGEL FRANCISCO  
CARABALLO FERMÍN, OBISPO DE CABIMAS,  
PARA LA MISA CRISMAL.  
SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CABIMAS. 04/IV/2023.**

¡A ustedes, queridos hermanos, que han sido constituidos linaje elegido, nación santa, pueblo adquirido, y fueron trasladados de las tinieblas al reino de su luz admirable, los bendiga abundantemente Dios, que rompió las ataduras de la muerte y nos prometió la salvación eterna!

Todos los que estamos aquí congregados, somos conscientes de la gran importancia de la celebración de hoy. En efecto, la Misa Crismal es única en toda la Diócesis, y constituye un momento de máxima expresión visible de lo que es nuestra Iglesia de la Costa Oriental del Lago. Dos son los aspectos relevantes de esta celebración que vamos a vivir juntos esta mañana: la manifestación de la Iglesia como Pueblo Santo de Dios y Cuerpo de Cristo, totalmente ministerializado, y el significativo lugar que ocupa, dentro de ese Cuerpo, el sacerdocio ministerial. ¡Fiesta de la Iglesia particular! Fiesta del sacerdocio: supremo en Cristo, pleno en el Obispo, ministerial en los presbíteros y bautismal en el pueblo.

Aquí, por tanto, está presente toda la riqueza ministerial de esta Iglesia de Cristo Jesús, en constante crecimiento: la gran familia de los presbíteros seculares y religiosos, los diáconos permanentes, los bautizados de especial consagración, los seminaristas, los laicos y laicas, que han recibido delegaciones ministeriales diversas, la viva gama de asociaciones, movimientos apostólicos y realidades eclesiales de ayer y de hoy.

Aprovecho la oportunidad para:

- Dar la bienvenida a nuestro Clero al diácono José David Pérez Neri y a los presbíteros Jesús Jaime Meleán Bravo y Julio César Morillo Leal, quienes recibieron el sacramento del orden, el pasado mes de diciembre. ¡Bienvenidos, hermanos!
- Bendecimos al Señor por el gran regalo que recibimos del Papa Francisco, de otorgar a los presbíteros Jesús Santamaría y Ángel Andueza el título de ‘Capellán de Su Santidad’, reconociendo la gran labor misionera, educativa y social que han realizado en

nuestras tierras. ¡Gracias Mons. Ángel y Mons. Jesús por amar a nuestra tierra y darnos un buen ejemplo de entrega sacerdotal!

- Oramos, especialmente, por la pronta y plena recuperación del padre Héctor Medina, que se está recuperando, después de haber sufrido un ACV.
- Quiero, también, hacer una especial mención a nuestro Obispo Emérito, Mons. William Delgado; haciendo nuestro compromiso de oración fraterna por su salud, como agradecimiento por su trabajo pastoral en esta tierra de Cabimas.
- Elevemos una súplica por los sacerdotes de nuestro Clero que se encuentran fuera de nuestras fronteras; Dios siempre los asista y alcancen la santidad. Al mismo tiempo, oremos por los que ya han partido al encuentro con el Padre y han servido a esta Iglesia particular; Dios les premie por sus buenas obras y los haga parte del convite eterno.
- Nos alegramos por la presencia de las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Santos Ángeles, mejor conocidas como Hermanas Angélicas, que este año celebran sus bodas de plata en medio de nosotros, entre los más pobres, cumpliendo el mandamiento del Señor de dar de comer al hambriento y de beber al sediento, vestir al desnudo, en definitiva, demostrar con obras concretas el mandamiento del amor.
- No puedo dejar de mencionar a la familia misionera conformada por los esposos Pedro Ríos y Deisiré Díaz que, junto a su hija Ana Teresa Ríos Díaz, se encuentran en Guariquén, en la Diócesis de Carúpano; a los jóvenes Mileydis Linares, Daniela Prieto y Alexander Robles que, desde el año pasado, están en la Misión de San Francisco del Guayo, en el Vicariato Apostólico de Tucupita, como misioneros *ad gentes*; a Luis Ángel Mindiola que, recientemente, ha sido designado como Secretario Nacional de la Pontificia Obra de la Propagación de la Fe para el período 2023-2025; Todo esto manifiesta que nuestra Diócesis se ha tomado muy en serio lo que nos está pidiendo el papa Francisco de ser una Iglesia en salida, misionera y sinodal.
- Hoy recibirán los nombramientos de Arciprestes los presbíteros Jorge Luis Ramírez y Julio Antúnez, quienes han sido ratificados en este servicio por tres años más; y los presbíteros Robert Nava y Pedro Peña. Todos ellos, en un espíritu de comunión y viendo el bien de la Diócesis, han sido elegidos por sus hermanos presbíteros; y son los colaboradores inmediatos del Obispo, en la

coordinación de toda la acción pastoral de los Arciprestazgos y la atención de los sacerdotes.

Queridos hermanos, dentro de algunos minutos, los presbíteros harán la renovación de sus promesas sacerdotales, que no es un mero protocolo, un rito más, o un formalismo, sino el deseo sincero, de revivir en nosotros ese acontecimiento que cambió radicalmente nuestras vidas y nos convirtió en una transparencia real, viva y eficaz de Cristo, cabeza, pastor y esposo de la iglesia. Y San Pablo lo recomendaba insistentemente: “revive la gracia recibida por la imposición de las manos” (cf. 2Tm 1,6)

El sacerdocio no es un ministerio para el que lo recibe, sino para aquellos que el Señor les confía. No es para beneficiarse a sí mismo, sino para nutrir al pueblo santo con la Palabra, los sacramentos y el servicio. No somos profesionales que cumplimos funciones, somos prolongación de Cristo Buen Pastor, para dar vida al mundo.

Somos una familia, la familia de pastores: el presbiterio. No valemos si no estamos todos unidos. El sacerdote que se separa, se pierde y pierde a muchos, así la soberbia nos haga ver lo contrario. Jesús pidió por esa unidad: “*que sean uno, como tú y yo somos uno, para que el mundo crea*” (Jn 17, 21). Y es garantía para superar las crisis vocacionales, las debilidades e, incluso, las caídas, porque: “*!Ay del que está solo, pues cuando caiga no tendrá quién lo levante!*” (Ecl 4, 10).

Hoy, más que nunca, es necesario manifestar ante el pueblo al cual servimos que nos comprometemos a ser testigos creíbles de Jesús, especialmente en estos momentos, en los cuales el sacerdocio ha sido duramente cuestionado por el mal ejemplo que algunos hermanos nuestros han dado, llevando una doble vida. Todo esto ha obstaculizado la evangelización y ha puesto en tela de juicio la credibilidad de la Iglesia.

Pero no debemos olvidar que hay un movimiento de persecución hacia la Iglesia católica, tal vez con fines ideológicos que pretenden descalificar y destruir la cultura cristiana y acallar la voz de la Iglesia en temas de moral y costumbres.

No obstante, como dice el papa Francisco: “*Nuestro dolor y nuestra vergüenza por los pecados de algunos miembros de la Iglesia, y por los propios, no deben hacer olvidar cuántos cristianos dan la vida por amor: ayudan a tanta gente a curarse o a morir en paz en precarios hospitales, o acompañan personas esclavizadas por diversas*

*adicciones en los lugares más pobres de la tierra, o se desgastan en la educación de niños y jóvenes, o cuidan ancianos abandonados por todos, o tratan de comunicar valores en ambientes hostiles, o se entregan de muchas otras maneras que muestran ese inmenso amor a la humanidad que nos ha inspirado el Dios hecho hombre” (EG, 76).*

Renovamos nuestra **promesa de obediencia**, imitando a Cristo, que “siendo Dios se hizo obediente, y obediente hasta muerte de cruz” (Fil 2, 8), y que “con su obediencia realizó la redención” (LG, 3). La obediencia nos inclina a tener una actitud de escucha, disponibilidad para la misión, para estar atentos a buscar sólo los intereses de Cristo Jesús, no los nuestros. Obediencia que se extiende a ser correctos en la administración de los bienes que son de la Iglesia y no personales, al cumplimiento de las normas litúrgicas, a llevar de forma correcta los libros parroquiales, y a seguir todas las enseñanzas que hemos aprendido al administrar el sacramento de la confesión.

Renovamos nuestra **promesa de castidad**, consagrada en el celibato, para no tener el corazón atado, dividido, sabiendo que somos de todos, pero de nadie en particular. ¡Pertenece a Cristo! Y lo amamos “*con todo el corazón, con toda el alma y con todas nuestras fuerzas*”. La castidad nos permite estar disponibles para la evangelización. Por ello, le pedimos al Señor que, con su gracia y con la ayuda de nuestros hermanos sacerdotes, podamos conservar la virtud de la pureza, condición indispensable para tener una relación íntima y sincera con Dios, como dice la bienaventuranza: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios” (Mt 5,8).

Renovamos nuestra **promesa de pobreza**, desprendimiento a todo lo efímero y pasajero, a los anhelos de tener y de poder. Se actualizan hoy las palabras del Papa Pío XI: “*En medio de un mundo corrompido, en el que todo se vende y todo se compra, deben mantenerse los sacerdotes lejos de todo egoísmo, con santo desprecio por las viles codicias de lucro, buscando almas, no dinero; buscando la gloria de Dios, no la propia gloria*”. Qué dolor cuando los celos y envidias entre los sacerdotes se dan por la categorización de las comunidades, como si ese fuera el criterio para los traslados a los sitios que son enviados al servicio.

Por favor, quitemos de nuestro vocabulario esas categorías de parroquias buenas o malas, dependiendo si está compuesta por personas ricas o pobres. Somos pastores de todos y debemos tener alguna

preferencia es por los pobres. El Papa Francisco nos dice: *“necesitamos reconocer también que cada persona es digna de nuestra entrega. No por su aspecto físico, por sus capacidades, por su lenguaje, por su mentalidad o por las satisfacciones que nos brinde, sino porque es obra de Dios, criatura suya. Él la creó a su imagen, y refleja algo de su gloria. Todo ser humano es objeto de la ternura infinita del Señor, y Él mismo habita en su vida. Jesucristo dio su preciosa sangre en la cruz por esa persona. Más allá de toda apariencia, cada uno es inmensamente sagrado y merece nuestro cariño y nuestra entrega”* (EG, 276).

El poder vivir en obediencia, castidad y espíritu de desprendimiento, sólo se consigue con espíritu de fe y en actitud orante. Tenemos que ser hombres de oración, como lo fue nuestro Señor Jesucristo en su continua intimidad con el Padre. Decía Pío XII: *“Si quieren que los fieles oren con devoción, denles personalmente el primer ejemplo en la Iglesia, orando ante ellos. Un sacerdote arrodillado ante el Sagrario, en actitud digna, en un profundo recogimiento, es para el pueblo ejemplo de edificación, una advertencia, una invitación para que el pueblo le imite”*.

Queridos hermanos, laicos, religiosos y sacerdotes, estos últimos meses, han quedado tres parroquias vacantes, por diversos motivos; y aprovecho la ocasión para agradecer a los sacerdotes que, temporalmente, están atendiendo estas comunidades. Les pido a todos que trabajemos, arduamente, por el incremento de las vocaciones en nuestra Diócesis. ¡Nadie debería sentirse ajeno a este deber! San Juan Bosco, repetía: *“no debería haber ningún católico fervoroso que no tratara de conseguir vocaciones y de apoyar, aun con sacrificios, a las personas jóvenes que desean seguir el sacerdocio y la vida religiosa. Si supiéramos cuánta gloria le dan a Dios los que siguen su vocación al sacerdocio o a la vida religiosa y cuántos premios recibirán, quienes trabajan en favor de las vocaciones, ninguno de nosotros se quedaría indiferente, y dedicaríamos a trabajar mucho más por las vocaciones”*.

Hoy, podemos hacernos la pregunta que una vez se hizo el Santo Cura de Ars: **"Si desapareciesen los sacerdotes, ¿tendríamos al Señor?"**

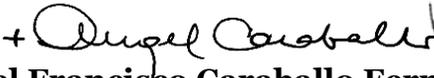
- ¿Quién lo ha puesto en el sagrario? El sacerdote.
- ¿Quién ha recibido el alma de ustedes apenas renacida en el bautismo? El sacerdote.

- ¿Quién la nutre con la Eucaristía para que pueda terminar su peregrinación? El sacerdote.
- ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavándola por última vez en la sangre de Jesucristo? El sacerdote, siempre el sacerdote.
- Y si esta alma llegase a morir (a causa del pecado), ¿quién la resucitará y le dará el descanso y la paz? También el sacerdote... ¡Después de Dios, el sacerdote lo es todo!... Él mismo sólo lo entenderá en el cielo".

Estas afirmaciones, nacidas del corazón sacerdotal del santo párroco, pueden parecer exageradas. Sin embargo, revelan la altísima consideración en que tenía el sacramento del sacerdocio. Parecía sobrecogido por un inmenso sentido de la responsabilidad: "*Si comprendiéramos bien lo que representa un sacerdote sobre la tierra, moriríamos: no de pavor, sino de amor. Y concluía: **Dejen una parroquia veinte años sin sacerdote y adorarán a las bestias...** El sacerdote no es sacerdote para sí mismo, sino para ustedes". Y actualmente, en los lugares, en los que no hay sacerdotes, las personas tienen muchos ídolos.*

Por eso, queridos hermanos, en la liturgia de hoy, la iglesia les invita a orar por los sacerdotes, con estas palabras: "*Y ustedes, queridos hijos, oren por sus sacerdotes; que el Señor derrame abundantemente sobre ellos los dones celestiales, para que sean fieles ministros de Cristo, Sumo Sacerdote, y los conduzcan a ustedes hacia Él, que es la fuente de la única salvación*".

Con estos sentimientos, seguimos nuestra celebración con la renovación de las promesas sacerdotales. Pido a la Santísima Virgen María, Nuestra Señora del Rosario, bendiga, guarde y acompañe siempre a los servidores de Cristo y ministros de la Iglesia. Que así sea.

+   
 † Ángel Francisco Carballo Fermin  
 Obispo de Cabimas

